

Gime el rostro en la oscuridad

MARTHA ELISA AGUILAR

Eres el atardecer del otoño, tus labios son la tentación del paraíso cuando muerdes mi piel; germinando al contacto de tus besos me evaporo. El matiz de mi humedad pierde la cordura, eres resurrección del sol dando calor a la inquietud de mis senos: tu pecho y tu abdomen son la selva negra donde quiero navegar cada milímetro; eres el deseo donde mis ojos surcan el infinito de una incontenible pasión, eres el bálsamo de mi respiración, me pierdo en el calor de tu cuerpo de escultura viviente. Percibo un olor exquisito desprendiéndose de tus poros que llegan a consumir la locura de mi respiración, tu piel de lava se mezcla con mis caricias, eres dulce veneno ahogando mis ansias de luna; agonía de mis entrañas gimen en la constelación de tus besos. Nos confundimos en ferviente lluvia de fuego: ¡canto y deseo! Hombre diáfano llegado del Mar Rojo, te adueñas de mis pensamientos suplicantes al invadir mis jardines plenos de



Martín Velázquez

flores con tus caricias. En locura marina esculpes mis palabras con la tinta de tus labios, la sangre implacable de tu andar azota el frío de mis manos: eres calor divino burbujeando por mis arterias. ¿Eres el sueño o la realidad perdida de la incandescente cofradía? Eres dulzura que baña mis dunas, esquizofrenia de mis pesadillas, desafío del tiempo, dios de fuego que acompaña mi andar, mis palabras ansiosas de tu presencia de duende nunca me dejan al amanecer. ¡Exquisito sol a punto de quemar mi cuerpo, goce eterno cada vez que te miro!

¡Eres bello, tan bello, demasiado bello! Ser llegado de algún clandestino sueño, de algún lejano planeta, de un poema perdido, de una sombra donde crearon tu faz y tu cuerpo; ser de mis palabras, eres divino como la creación del génesis, eres la copla del tiempo que canta el aire cuando tocas mi rostro; eres viento que corre tras de mí cuando estoy a punto de huír, eres presencia de mis días, locura galopante en el andar de mis pasos: hombre salvaje, irreal, implacable a cada paso, eres más de lo que la imaginación construyó al crear el mundo, y si aún así, todo esto es verdad ¿qué soy entonces en tu universo? Acaríciame, bésame, tócame, muerde la delirante inmensidad de mi piel para saber que ciertamente, eres real caminando mis veredas en el rito de adorarte. Déjame invadir con mi respiración tu aliento, explorar tu pecho que me vuelve loca, ser lluvia mojando tu soleado vientre; ser demencia entrelazada a tu cuerpo de hombre atormentado, extasiado, enamorado. Morder la fruta que salpica mi deseo, andar con mi saliva tu sabor a sal, temblar junto a tu cuerpo en el delirio, caminar con mis caricias la complacencia de tu piel, navegar la música de tus murmullos cuando besas mi cuello de cisne... mientras escucho en el eco tu voz que grita en mi vientre el resplendor del enamoramiento. La luz de la noche nos llama a ser uno: gime el rostro de la oscuridad para llegar al encuentro de nuestros mundos inertes; toma el agua que brota de esta cascada profunda, toma el sabor de mi cuerpo que calma la sed de tu alma. “Cuando me

miras así” soy cómplice de tu deseo, del veneno que bebo, del silencio de tu mirada, de tu paso vagabundo que transita mi piel. Se eclipsa mi cielo, titubea mi voz en el espasmo de tu respiración. Mi mente perdida en la espesura de tu pecho se escabulle por tu ropa y te toco en este vacío del foso de agua que somos por la inmensidad de nuestra pasión. Elixir de hombre impregnas la humedad de mis poros, no hay selva más bella que la que vive en el calor de tu cuerpo salvaje, eres enigmáticamente delicioso, matemáticamente perfecto, místicamente incansable amante de todas mis noches. ¿Y yo? Apasionadamente admiro tu fuego de hombre en redención.



Maria Emilia Benavides